

Egoísmo altruista

Vari

Hace un par de semanas que Bianca había empezado el colegio. No era un gran cambio respecto al jardín infantil, excepto que aquí no conocía a nadie. Realmente no le importaba, llevaba sus juguetes y disfrutaba mirando a las aves en los recreos. Hasta que un día, mientras caminaba hacia su mesa favorita con su muñeca en la mano, tropezó, y para no golpearse la cara soltó su muñeca. ¡Oh cómo se arrepintió! Al momento de soltarla, la muñeca pareció cobrar vida, y con unas alas invisibles fue a parar a la cima de un arbusto. Con sus ojos de botones miraba a Bianca de lado, como si fuera un pájaro, mientras ella pensaba en que no debió haberla soltado, porque ahora estaba en una rama demasiado alta para recuperarla. Sacudió el arbusto con todas sus fuerzas, saltó lo más alto que pudo, e incluso usó una rama para intentar mover la muñeca, pero todo fue en vano, seguía estando alejada de la mano de Bianca por un par de centímetros.

Mientras miraba la burlona sonrisa de la muñeca, intentando pensar en cómo la iba a bajar antes de tener que entrar a la sala, una niña se le acercó.

–¿Qué haces?– preguntó con curiosidad. Bianca no quería conversar con nadie ahora, así que pretendió que no la había escuchado.

–Soy Anastasia, ¿qué estás haciendo?– repitió insistentemente la niña, por lo que Bianca decidió contarle que quería recuperar su muñeca, pero no la alcanzaba. Entonces, Anastasia vio la muñeca posada sobre el arbusto y ladeo la cabeza. Lentamente se acercó, se paró sobre las puntas de los pies y estiró el brazo todo lo que pudo. Como era más alta que Bianca, logró agarrarle la mano a la rebelde muñeca y finalmente, la bajó de su nido.

–¡Gracias!– dijo Bianca, y empezó a sonar la campana. Habían rescatado a la muñeca justo a tiempo.

–Me debes una– le respondió Anastasia sonriendo, mientras caminaban a la sala.

Bianca pasó años (en realidad un par de días, que se sintieron como años) pensando en lo que significaba que le debiera un favor a Anastasia. No quería ocupar su tiempo de juego en interactuar con alguien que no conocía, pero tampoco quería “deberle una” a la otra niña, incluso si no sabía cómo le iba a devolver el favor.

Unos días después, por fin se le presentó ocasión de quedar a la par con ella: por primera vez en su vida se enfrentaban a un dictado de lenguaje y Anastasia había olvidado su estuche. Angustiada antes de que iniciara la clase, se había resignado a que no podría completar la tarea. Bianca buscó en su estuche y en todos los bolsillos de su mochila hasta que encontró un lápiz grafito extra. Empezó a caminar hacia Anastasia con el lápiz en la mano... pero dudó. No sabía realmente cómo acercarse a ella. La profesora comenzó a decirle a los alumnos que se sentaran porque iba a comenzar el dictado, entonces Bianca se armó de valor y se acercó a su acreedora.

–Anastasia– la llamó y le entregó el lápiz viendo cómo una sonrisa se elevaba en su cara al recibirlo. –Ahora estamos a mano– le dijo mientras volvía a su puesto, feliz de haber saldado su deuda.

Más tarde ese día, cuando iban a salir de la sala, Bianca se percató de que Anastasia tenía problemas para ponerse el abrigo. Lo había logrado hasta la mitad, pero por más que lo intentara, la escurridiza manga izquierda siempre se le escapaba cuando estaba a punto de meter el brazo. Bianca estaba tan acostumbrada a buscar una forma de saldar su deuda que pensó en ayudarla de algún modo, pero se detuvo al recordar que ya no le debía nada a su compañera. La interminable batalla de Anastasia con la tela parecía incrementarse cada segundo, y Bianca llegó a la conclusión de que definitivamente necesitaba ayuda. Se acercó a su compañera y le sujetó el abrigo para que pudiera ponerse la manga que le faltaba.

–¡Gracias! Te debo una– le dijo después de que juntas le hayan ganado a la escurridiza manga izquierda.

Ese día, Anastasia y Bianca salieron juntas al recreo, y mientras hablaban, decidieron establecer en un cuaderno lo que ellas llamaron Registro de Favores, para llevar la cuenta de cuántas veces se ayudaban y así evitar malos entendidos. Como aún estaban aprendiendo a escribir, sólo pusieron los nombres de cada una y abajo una línea por cada favor que habían hecho. Este método resultó ser muy bueno, y a lo largo de los meses registraron todos los favores que poco a poco lograron que Bianca ya no considerara a su compañera como una desconocida.

Después de haber compartido sus colaciones y almuerzos, prestado sus juguetes, ido al parque juntas, enseñando a hacer la invertida, a dibujar mariposas y haberse apretado bajo un solo paraguas cuando llovía y a una de ellas se le olvidaba traer el suyo, ya sabían escribir lo suficientemente bien para llevar un registro más detallado. Durante los tres años que se habían conocido, cada vez perfeccionaban más su sistema de favores. Ahora existían distintas categorías que dependían de si el favor era algo simple y pequeño, algo que requería un poco más de esfuerzo, o algo difícil e importante.

Este innovador modelo de negocios, hizo que llegaran a la conclusión de que una ayuda de primera categoría no saldaba la deuda de una ayuda de tercera categoría. Aunque esto pareció complicar las cosas en un inicio, las niñas estaban dispuestas a buscar una solución, por lo que crearon reglas sobre la equivalencia de los favores de distintas categorías. Más de una vez estuvieron en desacuerdo, pero ambas sabían que no podrían resolverlo si no llegaban a un consenso, así que tuvieron que aprender a ceder.

Al final de la semana tenían todas las reglas del nuevo sistema escritas, y decidieron que entrarían en vigencia el lunes.

–Deberíamos firmarlo– dijo Bianca –como los adultos cuando tienen papeles importantes.– Anastasia estuvo de acuerdo, pero agregó:

–Tiene que ser con lápiz azul. No sé por qué pero siempre dicen que se firma con azul, ¿no?–

–Tienes razón.–

Y así es como buscaron un plumón azul y ambas firmaron bajo el nuevo reglamento que regiría su relación. Inmediatamente después, Anastasia se irguió y estiró el brazo hacia la otra niña. Extrañada, ella se preguntó si quería que le chocara los cinco de una forma muy rara.

–Dame la mano, ahora somos socias, hay que cerrar el trato– aclaró.

Un día, Anastasia no apareció en la mañana, tampoco al almuerzo y Bianca ni siquiera la vio en el parque después de clases. Aunque decepcionada de no haber podido ver a su socia, asumió que estaba enferma y volvería en unos días. Sin embargo, llegó la semana siguiente, y la siguiente, y su asociada seguía desaparecida.

Decidida a descubrir la razón de su ausencia, Bianca le preguntó a su mamá si sabía algo.

–¿Sabes por qué Anastasia no ha ido al colegio? Somos socias pero aún así no me dijo nada. No hemos podido hacer negocios desde la última vez que fue al colegio, y no quiero seguir debiéndole algo.–

–¿Socias? ¿Hacer negocios?– rió su madre.

–Sí. Socias. Hicimos un trato y todo.

–Qué raros son sus juegos– dijo ofendiendo a Bianca, su Registro de Favores no un juego, era algo serio para ellas y merecía el respeto adecuado.

–¡No es un juego!– protestó.

–Está bien, está bien. Su familia está de viaje, no sé cuándo volverán.

Lejos de haber tranquilizado a Bianca, la explicación de su madre la había inquietado aún más. ¿Y si Anastasia no volvía? ¿Qué pasaría si se fuera a vivir a otra parte? Ya no podrían ser socias, porque no podrían seguir con los favores. ¡Aún peor! Según su Registro, Bianca tenía una deuda que no había saldado antes de que su compañera desapareciera. ¡Estaría siempre en deuda con Anastasia!

Estas conclusiones la inquietaron por varios días más, hasta que un día, para el alivio y sorpresa de Bianca, Anastasia volvió a entrar a la sala como si nunca hubiera dejado de asistir. Después de que las asociadas se actualizaran respecto a sus vidas durante las últimas semanas, Anastasia comentó que no había entendido nada sobre la clase que tuvieron antes del recreo. En ese momento, Bianca pensó en la oportunidad perfecta para devolver el favor que debía.

–Te puedo prestar mi cuaderno, para que leas lo que te perdiste mientras estabas de viaje. Si no entiendes algo me puedes preguntar. Pero no vuelvas a desaparecer sin avisar.– Bianca había saldado nuevamente su deuda. Sin embargo, se dio cuenta de que no sentía el alivio de haber devuelto un favor, sino estaba feliz de haber vuelto a ver a su compañera, y haber podido ayudarla.

–¡Gracias! Prometo avisarte si me voy de viaje– respondió Anastasia. –Eres mi mejor socia– añadió abrazándola.

Desde entonces, las asociadas comenzaron a estudiar juntas, explicándose mutuamente los conceptos que no entendían. Al principio intentaron llevar la cuenta, pero ocurría tan seguido que después de unos días dejaron de detallarlo en el Registro de Favores. Lo mismo fue ocurriendo poco a poco con otras cosas.

Así pasó el tiempo, y ahora Bianca cumple 10 años. Cuando su mamá le propuso celebrar su cumpleaños, ella decidió que invitaría a su mejor socia, y a su muñeca favorita, pero no había nadie más con quien compartir la torta, así que también invitó a sus primos.

Durante el tan esperado día, se sentaron en una mesita en el patio de la casa de Bianca, y ella presentó a sus invitados:

–Anastasia, ellos son mis primos Benja y Diego, y ella es mi prima Marti–
Luego, les dijo a ellos –Ella es Anastasia, mi...–

No sabía por qué dudaba, pero pensó en que como socia, Anastasia le enseñó mucho más que a llevar la cuenta de sus negocios, ser puntual y respetar el sistema de favores. Su relación le había enseñado a acompañar, a aceptar desacuerdos, a empatizar, a compartir y a entregar sin esperar nada a cambio.

Recordó la olvidada libreta que antes había sido muy importante para ambas, y se dio cuenta de que ya no la necesitaban, porque sin importar cuánto una le debiera a la otra, seguirían haciéndose favores. Estaban igualadas desde hace mucho tiempo, desde que dejaron de pensar en su beneficio personal y empezaron a actuar teniendo como objetivo la felicidad de la otra. En ese momento Bianca comprendió que no eran socias, y dijo por primera vez en su vida:

–Anastasia es mi mejor amiga– viendo cómo el rostro de la chica se iluminaba con una sonrisa.